Forum 3: La dona a la Xina contemporània

- Las coordenadas de la mujer en China * | china traducida y por traducir

Hablar de la mujer china contemporánea, afirma Dai Jinhua, exige reconocer la complejidad que encierra el propio concepto de “China”. En el país coexisten múltiples realidades —la urbana y la rural, la de la costa y la del interior, la de los nuevos ricos y la de los nuevos pobres— que impiden hablar de una experiencia femenina homogénea. Por ello, “mujeres chinas” no designa una categoría unitaria, sino un conjunto de posiciones sociales y vitales profundamente desiguales. A partir de esta premisa, Dai sostiene que no es posible describir la situación de las mujeres en términos simples de “progreso” o “retroceso”, porque cada avance viene acompañado de una nueva forma de contradicción.

A lo largo del siglo XX, la historia de la emancipación femenina en China ha estado indisolublemente unida a los procesos políticos de modernización. Durante la Revolución Democrática y los primeros años de la República, el discurso de la igualdad entre hombres y mujeres fue parte del ideal nacional de reforma. Sin embargo, solo con la fundación de la República Popular en 1949 se concretaron transformaciones legales, económicas y sociales que otorgaron a las mujeres un grado de emancipación sin precedentes: el derecho al trabajo, al divorcio, a la educación y a la propiedad de la tierra. La “Nueva China” de Mao Zedong proclamó la igualdad de género como principio del socialismo, y en efecto, las mujeres se convirtieron en símbolo de la nueva nación. Sin embargo, esa emancipación, aunque auténtica en el plano institucional, no eliminó del todo las jerarquías patriarcales arraigadas en la familia y en la cultura tradicional.

Con la política de reforma y apertura iniciada por Deng Xiaoping en los años ochenta, China experimentó un vertiginoso proceso de transformación económica y globalización. A los ojos del mundo, el país encarnaba la promesa del desarrollo capitalista; pero para Dai Jinhua, este proceso tuvo un reverso oscuro: el retorno de formas de desigualdad y explotación que el socialismo había intentado erradicar. La autora describe cómo, en las últimas décadas, las mujeres chinas han vivido un retroceso histórico. En el mercado laboral, la discriminación por sexo y edad se volvió una práctica extendida; en las zonas rurales reaparecieron matrimonios forzados, tráfico de mujeres y condiciones laborales precarias; y la feminización de la pobreza se intensificó. Las mujeres pobres y las trabajadoras migrantes se convirtieron en la cara oculta del milagro económico. La modernización, que prometía emancipación y prosperidad, se sustentó, paradójicamente, sobre la marginación de millones de mujeres.

En las grandes ciudades, sin embargo, la situación adoptó un rostro diferente. Las jóvenes urbanas con educación superior ganaron libertades personales, acceso al trabajo y presencia en la cultura. Este grupo encarnaba la imagen visible de la mujer moderna: independiente, profesional, con control sobre su cuerpo y sus decisiones. Dai Jinhua observa en ello una paradoja profunda: mientras unas mujeres alcanzan mayores márgenes de libertad, otras quedan atrapadas en nuevas formas de dependencia y precariedad. La apertura del espacio público para la mujer urbana no eliminó el patriarcado, sino que lo reconfiguró bajo las lógicas del mercado y del consumo.

Esta tensión se refleja también en la cultura de los años noventa, cuando muchas artistas y escritoras comenzaron a explorar el cuerpo y el deseo femenino como territorios de liberación. Dai considera que esta llamada “escritura del cuerpo” simboliza la conquista de una voz femenina, pero al mismo tiempo, advierte que se convirtió en un arma de doble filo. La representación del cuerpo femenino como signo de libertad acabó integrándose en el circuito capitalista de la moda, el arte y los medios, donde el cuerpo se transformó otra vez en objeto de consumo. Así, mientras unas mujeres narran su deseo y su identidad desde la modernidad urbana, otras —las obreras, las campesinas, las ancianas— permanecen invisibles. La autora pone de manifiesto que género y clase se entrelazan: la liberación sexual de unas pocas convive con la explotación económica de muchas.

Dai también aborda el impacto del feminismo global tras la Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en Beijing en 1995. Este evento significó una apertura inédita del feminismo en China: las universidades incorporaron los estudios de género y surgieron nuevas ONG dedicadas a los derechos de las mujeres. Sin embargo, ese auge tuvo un costo: la dependencia financiera y conceptual respecto a fundaciones y modelos occidentales. Para la autora, este fenómeno reproduce, en el terreno cultural, la lógica del colonialismo. El feminismo chino, al adoptar esquemas y lenguajes ajenos, corre el riesgo de perder autonomía y de quedar atrapado entre las agendas internacionales y las necesidades locales.

El texto concluye con una reflexión sobre las posibilidades de renovación. Dai Jinhua reconoce los logros del pasado —la herencia igualitaria del socialismo— y las conquistas del presente —la autonomía de las mujeres urbanas—, pero advierte que ninguna de estas etapas ha resuelto las contradicciones fundamentales. El desafío, dice, consiste en recuperar la capacidad de organización y acción de base, especialmente entre las mujeres de las clases populares, fuera de las lógicas del capital y de la tutela de las ONG. Solo desde esa autoorganización podrá surgir un feminismo chino verdaderamente propio, capaz de articular la igualdad con la justicia social.

En última instancia, Dai Jinhua propone repensar la modernidad desde el lugar de las mujeres. Su mirada revela que la historia de la China contemporánea está escrita sobre una serie de paradojas: emancipación y retroceso, visibilidad y exclusión, liberación y mercantilización. Pero también sugiere una esperanza: que las más de seiscientas millones de mujeres chinas —una octava parte de la población mundial— puedan construir, desde sus diferencias, una nueva trama histórica, una alternativa posible a la modernidad patriarcal y capitalista que domina el mundo actual.

- China Tells Women to ‘Go Home and Live Well’ | Human Rights Watch

El artículo “China Tells Women to ‘Go Home and Live Well’” retrata con claridad el contraste entre el discurso de igualdad formal promovido por el gobierno chino y la realidad social que empuja a las mujeres nuevamente hacia el ámbito doméstico. Todo parte de un episodio revelador: Wu Rongrong, una reconocida activista feminista perteneciente al grupo conocido como las “Cinco Feministas”, acude a una comisaría para solicitar un permiso de viaje con el fin de estudiar en Hong Kong. La policía no solo le niega el documento por su pasado como activista, sino que le espeta una frase que resume el clima ideológico contemporáneo: “No sigas estudiando. ¿Para qué? Vuelve a casa y vive bien.” Esa expresión, dirigida a una

mujer que lucha por sus derechos, se convierte en un símbolo del mensaje que el Estado chino transmite hoy a millones de mujeres: su lugar natural sigue siendo el hogar.

Aunque China se presenta internacionalmente como una nación comprometida con la igualdad de género, las políticas y los discursos oficiales muestran una tendencia regresiva. Desde 2016, cuando el gobierno eliminó la política del hijo único y permitió tener dos hijos, se ha promovido una visión de la mujer vinculada nuevamente a la maternidad y la familia. Con el envejecimiento de la población y la caída de las tasas de natalidad, el Estado busca incentivar la reproducción, pero lo hace a costa de los derechos laborales y la autonomía femenina. Las provincias chinas han extendido la baja por maternidad —en algunos casos, hasta 190 días— sin crear medidas equivalentes de paternidad. Así, la responsabilidad del cuidado continúa recayendo exclusivamente sobre las mujeres, reforzando la idea de que la maternidad es su función principal.

El resultado es un círculo vicioso: las empresas, anticipando los costos de contratar mujeres que podrían quedar embarazadas, **discriminan abiertamente en el empleo**. Según los datos que cita el artículo, un 75 % de las compañías reconoce ser más reacia a contratar mujeres, mientras que un 33 % de las trabajadoras declara haber sufrido reducciones salariales después de dar a luz, y un 36 % ha sido degradada. Todo ello ocurre en un contexto de crecimiento económico sostenido, lo que demuestra que el progreso material no se traduce necesariamente en equidad social. De hecho, la participación de las mujeres en la fuerza laboral ha disminuido, una señal de retroceso que contradice el relato oficial del "sueño chino".

A este panorama económico se suma una ofensiva cultural y simbólica. Los medios estatales y los gobiernos locales impulsan campañas que exaltan las virtudes de "las mujeres que regresan al hogar". En la prensa oficial —como la agencia Xinhua o el China Youth Daily— se publican artículos que presentan la figura de la ama de casa como un ideal social: se afirma que la mujer en casa es beneficiosa para el desarrollo de los hijos, la estabilidad familiar e incluso para la armonía del país. En oficinas públicas, como la de registro matrimonial en Pekín, se exhiben carteles que declaran: "Ser una buena esposa y una buena madre son los mayores logros de una mujer." Tales mensajes no son simples consignas morales, sino instrumentos de una política de control social que busca **redefinir el rol femenino** dentro del nuevo orden económico y demográfico del país.

El artículo denuncia con firmeza esta deriva conservadora. En lugar de promover leyes que protejan a las mujeres de la discriminación laboral y de apoyar la conciliación entre familia y trabajo, las autoridades **reprimen a las activistas feministas** y silencian las voces críticas. El caso de Wu Rongrong no es una excepción: forma parte de un patrón de acoso estatal hacia quienes defienden la igualdad de género. En este sentido, el texto adopta un tono abiertamente crítico y propone una alternativa: en vez de "enviar a las mujeres a casa", el gobierno debería fomentar políticas reales de igualdad, reconocer el valor del trabajo femenino y dialogar con los movimientos sociales que buscan la justicia de género.

Lo que este documento revela, en última instancia, es una profunda contradicción entre el discurso de modernidad y la práctica social del Estado chino. El país se presenta como una potencia moderna, global y progresista, pero sostiene estructuras ideológicas profundamente patriarcales. Las políticas pronatalistas y el culto a la familia funcionan como

estrategias para reforzar el control sobre los cuerpos y las decisiones de las mujeres, presentando la domesticidad como virtud nacional. De este modo, el proyecto de modernización china no solo reproduce desigualdades de clase —como señalaba Dai Jinhua—, sino también desigualdades de género que se legitiman en nombre del "bien común" y de la estabilidad social.

En definitiva, el texto pone de manifiesto cómo la modernización china contemporánea avanza de la mano de una **retradicionalización del papel femenino**. La mujer es llamada a contribuir al progreso nacional no desde el espacio público, sino desde la familia; no como ciudadana autónoma, sino como madre y esposa ejemplar. Frente a esta tendencia, el artículo propone recuperar el sentido original del feminismo en China: una lucha por la igualdad efectiva, capaz de cuestionar tanto la represión estatal como las estructuras culturales que siguen confinando a las mujeres a la esfera privada. Solo cuando el gobierno deje de tratar la emancipación femenina como una amenaza y la reconozca como una condición del desarrollo humano, podrá hablarse de verdadero progreso.

- Xi vs. She: China's government wants women to return to domesticity, but it's already too late | Human Rights Watch

El relato de Eunice Ng, presentado al inicio del texto, condensa de manera íntima y dolorosa la historia reciente del control estatal sobre los cuerpos femeninos en China. Su madre, obligada a esconderse durante meses para dar a luz a un segundo hijo, ilustra el grado de intromisión que el Estado ejerció sobre la vida privada durante la política del hijo único (1979-2015). En nombre del progreso y de la planificación demográfica, las mujeres fueron tratadas como instrumentos del proyecto nacional: su fertilidad se reguló como un asunto de Estado. De este modo, la historia de Eunice no es una excepción, sino un testimonio de una violencia estructural que marcó a generaciones enteras y alteró profundamente el sentido de la maternidad y de la familia en la sociedad china.

El texto plantea que, desde mediados del siglo XX, el cuerpo de la mujer china ha sido un terreno de disputa ideológica. Durante la era de Mao Zedong, la consigna era opuesta: se alentaba a las mujeres a tener muchos hijos para fortalecer la nación socialista. Con Deng Xiaoping, la lógica se invierte drásticamente: ante la superpoblación, el Estado impone la "política del hijo único", una de las medidas más intrusivas de control demográfico del siglo XX. En ambos casos, sin embargo, **la autonomía femenina es inexistente**: la maternidad no es una elección individual, sino un deber político. El Estado decide cuándo las mujeres deben reproducirse y cuándo deben abstenerse. Las décadas de control de natalidad dejaron cicatrices físicas y psicológicas —abortos forzados, esterilizaciones, separación familiar— y contribuyeron a construir una cultura de silencio y miedo en torno a la reproducción.

Con la caída drástica de la tasa de natalidad en los últimos años, el gobierno de Xi Jinping ha dado otro giro, pidiendo ahora a las mujeres que "vuelvan a tener hijos" y que asuman el papel de cuidadoras dentro del hogar. En reuniones oficiales como la de la Federación de Mujeres de Toda China, Xi ha instado a "transmitir las virtudes tradicionales de la nación" y a "cultivar una nueva cultura del matrimonio y la procreación". Estas palabras, cargadas de moralismo confuciano, actualizan un modelo de feminidad basado en la obediencia, la maternidad y el sacrificio doméstico. Así, el poder político reactiva los valores patriarcales

más antiguos bajo un discurso de “virtud nacional” y “armonía familiar”, borrando los avances logrados por las generaciones anteriores.

Sin embargo, el texto subraya que **las mujeres nacidas durante la era del hijo único no están dispuestas a aceptar ese retroceso**. Criadas bajo la propaganda de que “las mujeres sostienen la mitad del cielo”, muchas recibieron educación universitaria, se incorporaron al mercado laboral y comenzaron a exigir igualdad real en los ámbitos económico y social. De este contexto emergió, a comienzos de los años 2010, una nueva ola feminista urbana: mujeres jóvenes, instruidas y conectadas digitalmente, que denunciaron la violencia doméstica, el acoso sexual y la desigualdad estructural. Su militancia culminó en las protestas y campañas que inspiraron el movimiento #MeToo en China.

Pero el ascenso del feminismo coincidió con la consolidación del autoritarismo bajo Xi Jinping. En 2015, la detención de las “Cinco Feministas” —entre ellas Wu Rongrong, mencionada en el material anterior— marcó un punto de inflexión: **el Estado pasó de ignorar el feminismo a considerarlo una amenaza política.** A partir de entonces, las activistas fueron perseguidas, censuradas y estigmatizadas, mientras los medios oficiales promovían la idea de que el feminismo era una forma de “radicalismo occidental” incompatible con los valores chinos. Esta criminalización tuvo un doble efecto: debilitó la organización visible del movimiento, pero también lo descentralizó, impulsando redes informales y comunidades digitales que han mantenido viva la discusión sobre el papel de la mujer en la sociedad.

El texto cita varios episodios emblemáticos de resistencia: las denuncias públicas de acoso sexual en el ámbito académico y mediático, el caso de la tenista Peng Shuai, o la indignación por el tráfico y la violencia contra mujeres en zonas rurales. En todos ellos, las mujeres se convierten en agentes de cambio, capaces de desafiar al poder estatal y al patriarcado social simultáneamente. Durante las protestas de las hojas en blanco en 2022 —que criticaron la política de “cero COVID” y la creciente represión—, la participación femenina fue igualmente destacada, demostrando que las reivindicaciones de género se entrelazan hoy con la demanda de libertades civiles más amplias.

El análisis del texto, sin embargo, no se limita a la oposición entre “mujeres rebeldes” y “Estado paternalista”. Señala también la fractura entre las mujeres urbanas, educadas y activas políticamente, y aquellas de las zonas rurales o empobrecidas, que siguen atrapadas en estructuras sociales tradicionales y carecen de recursos para cuestionarlas. En estas regiones, muchas mujeres asumen como inevitables los roles domésticos y la subordinación familiar, no por convicción ideológica, sino por falta de alternativas económicas y sociales. Así, **la desigualdad de género en China está atravesada por desigualdades de clase y territorio**, lo que genera una doble o triple opresión.

A pesar de la censura y la represión —como el cierre de cuentas feministas en WeChat o la desaparición de activistas como Huang Xueqin—, el texto termina con una nota de esperanza. Propone una salida que no pasa por la imposición de modelos familiares, sino por la **reconstrucción de una sociedad basada en la empatía y la igualdad.** En lugar de empujar a las mujeres a “volver al hogar” para resolver la crisis demográfica, el gobierno debería facilitar su participación plena en la vida social y económica, reconocer el valor del

trabajo de cuidados y garantizar su libertad para decidir sobre su propio cuerpo y su proyecto de vida.

En síntesis, este texto articula una reflexión compleja sobre la mujer china contemporánea como **figura central de las transformaciones y contradicciones del Estado moderno chino**. De ser fuerza productiva durante el maoísmo, a objeto de control reproductivo durante la política del hijo único, y finalmente símbolo de virtud doméstica bajo Xi Jinping, la mujer ha estado siempre en el centro del proyecto político nacional. Pero frente a este control persistente, emerge una nueva subjetividad femenina que busca redefinir la idea de familia, de libertad y de pertenencia. Esa tensión entre la sumisión impuesta y la emancipación deseada define, más que ningún otro fenómeno, el pulso de la China contemporánea.

- Women's Choice: Home or Work?

El texto *"Women's Choice: Home or Work?"*, publicado por *Beijing Review* en 2001, recoge un intenso debate surgido dentro del Comité Nacional de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CPPCC). En el contexto de un país que atravesaba reformas económicas profundas, altos índices de desempleo urbano y la desintegración de muchas estructuras laborales del socialismo estatal, la cuestión del papel de la mujer en la sociedad reapareció con fuerza: ¿debían las mujeres continuar participando en el mercado laboral o regresar al ámbito doméstico?

El detonante del debate fue una propuesta del miembro del CPPCC **Wang Xiancai**, quien defendía que las mujeres casadas debían ser alentadas a dejar sus empleos para convertirse en amas de casa a tiempo completo. Según él, esta medida no respondía únicamente a la necesidad de reducir el desempleo, sino también a una preocupación moral y familiar: "es por el bienestar de las familias y los niños". En su visión, el trabajo doméstico debía ser revalorizado como una forma de contribución social y como un "honor" femenino, mientras que la igualdad entre hombres y mujeres no debía significar que ellas hicieran exactamente lo mismo que los hombres.

El discurso de Wang es representativo de una **retradicionalización ideológica** que empezó a tomar fuerza en la China de comienzos del siglo XXI. Tras décadas de un igualitarismo forzado durante el maoísmo —cuando las mujeres fueron movilizadas como trabajadoras en nombre del ideal de que "las mujeres sostienen la mitad del cielo"—, el nuevo discurso neoliberal y confuciano buscó reubicar a las mujeres en el espacio doméstico, pero ahora bajo el signo de la "libertad de elección". En apariencia, Wang no pretende imponer una obligación, sino "ofrecer una opción": la posibilidad de quedarse en casa "por decisión propia". Sin embargo, su argumentación revela una concepción profundamente paternalista.

Cuando afirma que los hombres son "inferiores a las mujeres en cuanto a las tareas domésticas", o que el cuidado de los hijos es "una responsabilidad natural de la madre", reproduce la lógica esencialista que define el género en términos de funciones naturales y no de derechos. Además, sugiere medidas legales —como asegurar a las esposas que se queden en casa una parte del salario o la propiedad familiar— que buscan institucionalizar la dependencia económica femenina bajo la apariencia de protección.

Este argumento no se entiende sin su contexto. A finales de los años noventa, millones de mujeres fueron **despedidas de las empresas estatales** en el marco de la reconversión económica impulsada por Zhu Rongji. Muchas de ellas pasaron a formar parte de un ejército de trabajadoras desempleadas o empleadas precarias. La propuesta de Wang, por tanto, responde a una lógica económica: desplazar a las mujeres del mercado laboral para liberar espacio a los hombres, disfrazando esa exclusión bajo un discurso moral de "bienestar familiar". Así, el proyecto combina economía, política y patriarcado, utilizando la retórica del "amor maternal" para justificar la desigualdad estructural.

En el mismo texto, otras voces —particularmente la de **Wang Yujue**, presidenta de la Academia de Artes de Guangdong— se oponen frontalmente a esta visión. Su respuesta es contundente: "Enviar a las mujeres de vuelta a casa sería borrar todos los esfuerzos por la igualdad de género desde 1949." Su argumento se basa en un principio económico y político: **sin independencia económica, no puede haber igualdad real.** Para Wang Yujue, el trabajo no es solo una fuente de ingresos, sino el fundamento de la autonomía personal y la participación ciudadana. Su intervención denuncia que la supuesta "opción de quedarse en casa" es, en realidad, una forma de despojar a las mujeres de sus derechos adquiridos, devolviéndolas a una posición de dependencia.

Además, Wang Yujue señala un punto clave: **la inviabilidad material del modelo de familia con un solo ingreso.** En un contexto de capitalismo emergente, altos costos urbanos y desmantelamiento de servicios sociales, el salario de un hombre difícilmente puede sostener a toda una familia. Por tanto, el ideal doméstico propuesto por Wang Xiancai no solo es patriarcal, sino también anacrónico e irreal. En su visión, promover el regreso de las mujeres al hogar sería un retroceso histórico y un error práctico.

Entre ambas posturas aparece una tercera, representada por **Zhu Tianhui**, presidenta de la Escuela de Medicina de la Universidad de Nankai, quien intenta mediar entre el feminismo laboral y la revalorización del trabajo doméstico. Zhu coincide con Wang Xiancai en que las tareas del hogar deben ser reconocidas como un trabajo con valor social y económico, pero difiere en el carácter voluntario y progresivo de la medida. Ella sostiene que, si la sociedad considera el cuidado como una contribución legítima, las mujeres que opten por quedarse en casa deberían recibir garantías de seguridad social, como ocurre en algunos países europeos. Su posición, más moderada, no busca expulsar a las mujeres del espacio público, sino ampliar la definición de trabajo para incluir el cuidado y la crianza como actividades esenciales para el bienestar colectivo.

El valor de este debate reside precisamente en que refleja **la tensión estructural entre tres modelos de feminidad** que coexisten en la China contemporánea:

1. El modelo **tradicional-conservador**, que asocia la mujer con la familia, la maternidad y el sacrificio doméstico (Wang Xiancai).

2. El modelo **emancipador-laboral**, que vincula la igualdad femenina a la independencia económica y a la participación en el espacio público (Wang Yujue).

3. Y un modelo **intermedio o de conciliación**, que busca revalorizar el cuidado sin negar la autonomía de las mujeres (Zhu Tianhui).

Estos tres modelos siguen marcando el discurso chino sobre el papel de la mujer hasta hoy. De hecho, la postura de Wang Xiancai anticipa el discurso oficial que décadas después se consolidará bajo Xi Jinping: el llamado a "restaurar las virtudes tradicionales" y a "cultivar una nueva cultura del matrimonio y la maternidad". En cambio, las voces de Wang Yujue y Zhu Tianhui representan la resistencia de un feminismo chino que, aunque diverso y fragmentado, insiste en el valor del trabajo femenino y en la necesidad de reconocer la multiplicidad de roles que las mujeres pueden desempeñar en una sociedad moderna.

En conclusión, *"Women's Choice: Home or Work?"* muestra que el debate sobre el lugar de la mujer en China no es solo una cuestión moral o cultural, sino una lucha ideológica en torno a quién define el progreso social y en qué términos. Si para los conservadores la armonía familiar es el fundamento del orden nacional, para las feministas la libertad de elección y la independencia económica son condiciones irrenunciables de la ciudadanía. En ese sentido, la disputa que en 2001 se desarrollaba en los foros del CPPCC sigue vigente hoy, bajo nuevas formas: el dilema entre el "retorno al hogar" y la emancipación continúa siendo el espejo en el que China confronta sus contradicciones entre modernización, patriarcado y control estatal.

- China's 'Mad Men' Idea For Women To Have Babies To Save Economy

La mujer china contemporánea frente a la propuesta demográfica de Xi Jinping: entre tradición, política y desigualdad

En octubre de 2023, el presidente chino Xi Jinping propuso establecer un "nuevo modelo familiar" orientado a revertir la crisis demográfica de China, instando a las mujeres a asumir un papel central en la maternidad y el cuidado de la familia. Este planteamiento —analizado críticamente por William Pesek— revela un conflicto profundo entre las necesidades demográficas, las políticas de género y los derechos de la mujer en la China contemporánea. Lejos de proponer un cambio estructural, la iniciativa de Xi reproduce un modelo patriarcal que ignora la igualdad de género y la autonomía femenina, y que sitúa a la mujer principalmente como "instrumento" para sostener la población.

Históricamente, el discurso oficial chino sobre la mujer ha pasado de proclamar, durante la Revolución Cultural, que "las mujeres sostienen la mitad del cielo" a invisibilizar su papel político. Actualmente, bajo el liderazgo de Xi Jinping, ninguna mujer forma parte del Politburó —máximo órgano de decisión del Partido Comunista—, lo que evidencia la escasa representación femenina en los niveles más altos del poder. Esta contradicción entre discurso y práctica revela un retroceso respecto a las aspiraciones igualitarias formuladas en el pasado y refleja la persistencia de estructuras patriarcales.

La propuesta de Xi parte de una visión tradicionalista: fomentar un "nuevo modelo de matrimonio y procreación" orientado a preservar las "virtudes tradicionales" de la nación. Pesek subraya que esta visión no incorpora políticas reales para fomentar la igualdad de género, reducir las barreras laborales para las madres trabajadoras o garantizar seguridad social y apoyo económico a las familias. En cambio, plantea implícitamente que el papel

principal de la mujer es el de madre y cuidadora, reactivando discursos anclados en la década de 1960, similares a los retratados en la serie *Mad Men*, donde la mujer ocupa un lugar subordinado y doméstico.

Este modelo tiene precedentes en Asia, especialmente en Japón, país que enfrenta una crisis demográfica similar. Allí, las políticas de "womenomics" fueron presentadas como una solución, pero su implementación fue insuficiente y no logró revertir la baja participación femenina ni mejorar sustancialmente la igualdad de género. El discurso chino recuerda, según Pesek, la retórica japonesa que responsabiliza a las mujeres por la baja natalidad, reduciendo su papel a "máquinas de hacer bebés", una concepción que desatiende las causas estructurales de la disminución de la natalidad, como el alto coste de la vida, las condiciones laborales y la ausencia de redes de apoyo a la maternidad.

La situación demográfica de China no puede resolverse sin políticas integrales. El fin de la política del hijo único en 2016 no ha venido acompañado de medidas efectivas: no hay subsidios suficientes para la maternidad, ni reducción del coste educativo, ni políticas que faciliten la conciliación laboral, ni reformas para incrementar la participación política femenina. Así, la propuesta de Xi se percibe más como un gesto discursivo que como una estrategia efectiva, colocando la carga de la recuperación demográfica sobre las mujeres sin abordar las condiciones materiales que permiten que las familias decidan tener más hijos.

En conclusión, la propuesta de Xi Jinping refleja un retroceso para la mujer china contemporánea al reactivar roles tradicionales sin considerar la igualdad de género como parte esencial de la solución demográfica. El verdadero desafío para China no es imponer un modelo cultural de maternidad, sino desarrollar políticas que garanticen igualdad de oportunidades, conciliación laboral y una mayor representación política femenina. Solo así será posible construir una sociedad donde la decisión de tener hijos no sea una imposición, sino una elección libre y respaldada por condiciones sociales y económicas justas.

- GENDER EQUALITY IN CHINA

La mujer china contemporánea: entre igualdad de género, tradición y responsabilidad familiar

La posición de la mujer en la China contemporánea es una cuestión profundamente marcada por la tensión entre igualdad formal y responsabilidades tradicionales. En sus discursos, Xi Jinping reconoce la igualdad de género como "política nacional básica" y afirma la importancia de la educación familiar. Sin embargo, también subraya que el trabajo de la mujer no solo es relevante para su propio desarrollo, sino para mantener la armonía familiar, social y nacional. Este énfasis revela una visión en la que la mujer continúa asumiendo la mayor carga de las tareas domésticas y del cuidado, lo que plantea interrogantes sobre la profundidad real de los avances en materia de igualdad.

Desde la Revolución Cultural, China ha promovido la participación femenina en el trabajo productivo, impulsando la idea de que "las mujeres sostienen la mitad del cielo". Este lema no solo significó un avance en el acceso al trabajo remunerado, sino también una reconfiguración del papel de la mujer en la sociedad, liberándola de prácticas feudales como el vendado de pies o los matrimonios arreglados. Sin embargo, la igualdad alcanzada en el

plano laboral nunca fue plenamente autónoma: la liberación femenina fue concebida como parte de la lucha de clases y subordinada a los objetivos del Estado socialista.

Las reformas de las décadas de 1970 y 1980 abrieron un nuevo capítulo con la aparición de un feminismo crítico que cuestionaba el modelo de “mujeres de hierro” impulsado durante la Revolución Cultural. Se visibilizaron las desigualdades salariales, la discriminación laboral y las diferencias en la participación económica, destacando la necesidad de políticas que atendieran las condiciones materiales de las mujeres. Sin embargo, pese a las campañas de sensibilización y las reformas legales como la Ley de Protección de la Mujer, las brechas persisten. La discriminación por embarazo y maternidad, junto a la falta de guarderías y apoyo a la conciliación, han hecho descender la participación laboral femenina, sobre todo entre mujeres con hijos pequeños.

La organización All China Women’s Federation (ACWF) ha jugado un papel clave en este escenario, promoviendo la educación de género y la participación política de las mujeres, aunque siempre bajo la dirección ideológica del Partido Comunista. Durante los años de reforma, surgieron centros académicos y programas de estudios de género, y nuevas organizaciones apoyaron los derechos de las mujeres. No obstante, en los últimos años, las detenciones de activistas y la represión de organizaciones feministas evidencian un retroceso, desplazando el debate hacia un discurso oficial centrado en la “estabilidad familiar” más que en la emancipación femenina.

En este contexto, las recientes iniciativas del régimen de Xi Jinping, como el programa “Hogares Microfemeninos” en Chongqing, ponen de relieve la persistencia de un modelo que relega a la mujer a la esfera doméstica. Aunque proclamadas en clave de fortalecimiento cultural y social, estas políticas refuerzan la idea de que la función principal de la mujer es cuidar del hogar y transmitir valores tradicionales. Así, la distinción entre roles públicos y privados se acentúa, dejando de lado una igualdad real que vaya más allá de la retórica.

En síntesis, la situación de la mujer china contemporánea refleja un avance formal en igualdad de género, acompañado de un endurecimiento de las expectativas tradicionales sobre su papel en la familia. El reto actual no reside únicamente en garantizar derechos legales, sino en transformar las estructuras sociales y políticas que perpetúan la desigualdad, para que la igualdad no sea solo un principio declarado, sino una realidad vivida en la vida cotidiana de las mujeres chinas.

- In China, 'Barbie' triggers heated discussions on patriarchy and feminism – The China Project

La recepción de *Barbie* en China revela cómo una obra cinematográfica puede convertirse en un catalizador de debates sociales profundos sobre género, patriarcado y feminismo. Aunque el filme de Greta Gerwig no obtuvo un gran éxito comercial en el país —ubicándose en quinto lugar en taquilla—, provocó un notable efecto cultural al abrir un espacio de discusión en redes sociales sobre cuestiones de género, un debate que refleja tensiones sociales más amplias en China.

Por un lado, la película ha sido celebrada por muchas mujeres chinas como una representación poco común de una perspectiva femenina en el cine comercial. En

plataformas como Douban, numerosas espectadoras destacaron el valor del filme por abordar temas como patriarcado y capitalismo desde un enfoque satírico y accesible, convirtiéndolo en una experiencia colectiva que va más allá del entretenimiento. En este sentido, *Barbie* funciona como un "test social": la reacción masculina frente al mensaje de la película expone actitudes divergentes hacia el feminismo y demuestra la persistencia de resistencias culturales ante la igualdad de género.

Por otro lado, la película generó una respuesta hostil significativa, tanto en China como internacionalmente. Críticas en redes sociales acusaron a la cinta de "propaganda feminista" o incluso de promover "valores problemáticos". Estas reacciones no solo muestran el desacuerdo con el mensaje del filme, sino también una resistencia generalizada a cuestionar estructuras patriarcales. En China, este rechazo se inscribe además en un contexto político complejo, donde el debate feminista está limitado por la censura estatal y donde las discusiones sobre género pueden ser objeto de represión. Esto añade una capa de significado al fenómeno: *Barbie* no solo provoca una discusión cultural, sino que desafía un terreno donde el discurso feminista es delicado y controvertido.

Finalmente, la polémica en torno a *Barbie* no es exclusiva de China. En Estados Unidos, la película también ha sido objeto de ataques desde sectores conservadores, acusándola de "adoctrinamiento" y de promover una agenda ideológica. Este paralelismo evidencia que el choque cultural frente al feminismo es un fenómeno global, y que una película comercial puede convertirse en un espejo donde se reflejan tensiones políticas, sociales y culturales profundas.

En conclusión, el caso de *Barbie* en China demuestra que el cine puede trascender su función artística y comercial para convertirse en un espacio de debate social y político. El filme no solo expone las divisiones sobre el feminismo, sino que pone de relieve cómo el arte puede cuestionar normas establecidas y provocar reacciones encontradas en sociedades donde las discusiones sobre género siguen siendo sensibles.

- China women still battling tradition, 70 years after revolution | Women News | Al Jazeera

La mujer china contemporánea: entre la herencia revolucionaria y el retorno del patriarcado

Setenta años después de la Revolución de 1949, la situación de la mujer china continúa siendo paradójica: por un lado, las reformas impulsadas por Mao Zedong proclamaron la igualdad de género y la emancipación femenina; por otro, las estructuras tradicionales y las nuevas políticas demográficas han reactivado viejas formas de subordinación. El artículo "*China women still battling tradition, 70 years after revolution*" refleja con claridad esta tensión entre modernización y retroceso, entre las promesas del socialismo y la persistencia del patriarcado cultural y estatal.

Desde el comienzo, el texto contrapone dos dimensiones históricas. En el marco de la Revolución de 1949, Mao había promovido una serie de medidas que, en su momento, representaron un giro radical en la historia de la mujer china: se prohibieron prácticas opresivas como el vendado de pies, el matrimonio concertado y la poligamia; se fomentó la

alfabetización femenina y se integró a las mujeres al trabajo productivo. Esa transformación fue, en apariencia, la base de un nuevo modelo de ciudadanía femenina, sustentado en la idea de que las mujeres “sostienen la mitad del cielo”. Sin embargo, esta igualdad proclamada era más formal que sustancial. El texto explica que la incorporación de la mujer al trabajo no implicó una redistribución del trabajo doméstico: el Estado promovió que las mujeres salieran del ámbito privado, pero los hombres no fueron llamados a compartir las tareas del hogar. De ese modo, el ideal socialista de igualdad se construyó sobre una desigualdad estructural que nunca fue cuestionada del todo.

Esta ambigüedad histórica se proyecta en la China actual. Aunque las mujeres representan el **41% del PIB nacional** y son mayoría en la educación superior —resultado, entre otros factores, de la política del hijo único, que concentró los recursos familiares en las hijas—, el país ha experimentado un **retroceso sostenido en los indicadores de igualdad de género**. China ha caído del puesto 57 al 103 en el índice global de brecha de género, mientras que las discriminaciones laborales y políticas se han intensificado. La autora del texto, Kelly Dawson, destaca ejemplos concretos: las ofertas de empleo que excluyen o desfavorecen a mujeres, la diferencia salarial del 22%, el despido o rechazo a candidatas por motivos de maternidad, y la jubilación obligatoria una década antes que los hombres. Todo esto configura un sistema donde la “igualdad” proclamada por el discurso oficial queda neutralizada por mecanismos estructurales de discriminación.

El artículo también vincula este deterioro con **la política demográfica y económica posterior a la crisis de 2008**. La preocupación del gobierno por el envejecimiento de la población y la baja natalidad —tras décadas de control de la fertilidad— ha reactivado un discurso que alienta a las mujeres a “volver al hogar” para cumplir su “responsabilidad natural” de cuidar de los hijos y de los mayores. Este discurso coincide con lo que muestran los materiales anteriores (“*China tells women to go home and live well*” y “*Women’s Choice: Home or Work?*”), donde las autoridades y algunos sectores intelectuales proponen que la maternidad y el trabajo doméstico sean nuevamente el eje de la identidad femenina. El mandato patriarcal reaparece, legitimado ahora por razones demográficas, económicas y morales.

Al mismo tiempo, este “retorno al hogar” no es simplemente una política estatal, sino una **narrativa cultural** reforzada por los medios: la exaltación de la “feminidad doméstica de clase media”, el elogio de las “madres ejemplares” y la idealización de la belleza femenina en lugar de sus logros profesionales. Se trata, como indica la socióloga Jing Jiali, de una estrategia de control simbólico que redefine el papel de la mujer no como ciudadana o trabajadora, sino como garante del bienestar familiar y reproductivo. En ese sentido, la reconfiguración del ideal femenino en la era de Xi Jinping supone una regresión respecto de los valores igualitarios de la Revolución, y una instrumentalización del cuerpo y el trabajo de las mujeres al servicio del Estado y del mercado laboral masculino.

Sin embargo, el texto también introduce una nota de esperanza. A pesar de la represión y la censura —especialmente hacia activistas feministas y movimientos como el #MeToo chino—, existe una **nueva generación de mujeres más conscientes y activas**, capaces de resistir el discurso oficial. Activistas como Lü Pin representan esta corriente de resistencia que, aunque limitada, mantiene vivo el legado emancipador desde una perspectiva crítica, autónoma y no estatal. Estas mujeres luchan por derechos concretos

—como la ley contra la violencia doméstica o la denuncia del acoso sexual— y por una redefinición de la ciudadanía femenina en la China del siglo XXI.

En conclusión, el artículo revela que la condición de la mujer china contemporánea es el resultado de una larga tensión histórica: entre el ideal revolucionario de igualdad y la persistencia del patriarcado; entre la incorporación laboral y la invisibilización doméstica; entre la represión institucional y la resistencia feminista. Las políticas actuales, que exhortan a las mujeres a "volver al hogar", evidencian un retroceso frente a los logros alcanzados desde 1949, pero también han impulsado una nueva conciencia crítica entre las generaciones más jóvenes. En este sentido, la lucha por la igualdad de género en China no ha terminado: se transforma y se rearticula, enfrentando tanto los viejos valores tradicionales como las nuevas estrategias del poder estatal.

- China women are losing out in the workforce. It's harmful for the economy

La desigualdad laboral de las mujeres chinas: entre el liberalismo económico y la regresión de género

El caso de la mujer china contemporánea no puede entenderse únicamente desde el ámbito cultural o familiar, sino también —y sobre todo— desde el terreno económico. El informe publicado por el **Peterson Institute for International Economics (PIIE)**, analizado por *CNBC* en 2020, expone cómo la apertura económica de China, iniciada en 1978 bajo las reformas de Deng Xiaoping, tuvo consecuencias ambivalentes para las mujeres: al mismo tiempo que impulsó un crecimiento económico sin precedentes, **erosionó los mecanismos estatales que garantizaban cierta igualdad de género en el ámbito laboral** durante la etapa maoísta.

En las décadas posteriores a la Revolución de 1949, la integración de la mujer en el trabajo fue un elemento central del discurso socialista. El lema "las mujeres sostienen la mitad del cielo" simbolizaba una política de Estado que promovía la participación femenina en la economía como parte del desarrollo nacional. Sin embargo, con la transición hacia una economía de mercado, esa igualdad formal se diluyó. El informe del PIIE señala que el "aflojamiento del control estatal sobre el mercado" permitió a las empresas privadas —e incluso a las estatales— **discriminar con mayor libertad a las mujeres en la contratación y en los salarios**. En otras palabras, el crecimiento del capitalismo chino vino acompañado de una restauración de sesgos tradicionales de género.

Este fenómeno se agrava por la **caída en la tasa de participación femenina en el mercado laboral**, que ha descendido a niveles bajos en comparación con los estándares internacionales. A la vez, la **brecha salarial se ha ampliado**, y la discriminación en el acceso a puestos de liderazgo o en las entrevistas de trabajo se ha vuelto más común. La retirada progresiva del Estado de servicios como las guarderías públicas —que en la etapa socialista permitían la conciliación laboral y familiar— ha contribuido a que muchas mujeres abandonen el empleo tras la maternidad, reproduciendo el modelo de "madre-cuidadora" que el gobierno contemporáneo parece alentar, como mostraba el artículo anterior de *Human Rights Watch*.

Paradójicamente, mientras el gobierno promueve la idea de que las mujeres deben “volver al hogar” para fortalecer la familia y compensar la baja natalidad, los expertos del PIIE advierten que **esta tendencia puede tener consecuencias negativas para la economía china**. En un contexto de envejecimiento poblacional y ralentización del crecimiento, excluir o marginar a las mujeres del mercado laboral **reduce el potencial productivo y limita la innovación**. La igualdad de género, lejos de ser una mera cuestión de justicia social, se presenta así como una **condición necesaria para la sostenibilidad económica**.

El contraste con otros países —como Estados Unidos, Japón o los miembros de la Unión Europea— refuerza esta idea. Mientras esas economías han avanzado, con mayor o menor éxito, en políticas de conciliación y equidad salarial, China parece experimentar una **regresión**: de haber tenido, en los años ochenta, una tasa de participación femenina superior a la de muchos países desarrollados, ha pasado a ocupar posiciones bajas en los rankings del **Foro Económico Mundial**, situándose en el puesto 106 de 153 en igualdad de género.

En síntesis, este material revela cómo las transformaciones económicas de las últimas décadas han reconfigurado la posición de la mujer china dentro de un sistema que combina **modernización económica con restauración patriarcal**. El debilitamiento de las políticas igualitarias del socialismo de Estado y la falta de leyes antidiscriminatorias efectivas han creado un contexto en el que las mujeres no solo pierden derechos laborales, sino que son señaladas como responsables del “declive demográfico” nacional. Frente a ello, el informe concluye con una advertencia contundente: **solo mediante una intervención pública activa —con leyes, incentivos y políticas de conciliación reales— podrá China recuperar la equidad laboral perdida y evitar que la desigualdad de género se convierta en un freno estructural para su propio desarrollo**.

- Women's Rights at Risk - Dissent Magazine

El retroceso de los derechos de las mujeres en la China contemporánea: propiedad, matrimonio y control ideológico

El ensayo de **Leta Hong Fincher**, “Women’s Rights at Risk” (2013), constituye una denuncia contundente sobre cómo el desarrollo económico y las transformaciones sociales recientes en China han derivado en una **regresión de los derechos y del estatus material de las mujeres**, en contraste con los ideales igualitarios proclamados durante la era maoísta. A través de ejemplos concretos y datos legales, Fincher describe un proceso en el que las mujeres —incluso las más educadas y económicamente independientes— se ven progresivamente desposeídas de poder y autonomía, atrapadas entre una legislación regresiva, una ideología patriarcal renovada y una maquinaria mediática que redefine el papel femenino en función del matrimonio y la familia.

El texto se abre con el caso de *Wu Mei*, una abogada de éxito que, pese a su posición privilegiada, experimenta violencia doméstica y pierde sus bienes en el proceso de divorcio. Su historia ilustra la paradoja de la mujer moderna china: **el éxito profesional no garantiza la independencia ni la protección legal**. La raíz de esta vulnerabilidad se encuentra en una modificación del **Derecho de Familia**, cuando en 2011 el Tribunal Supremo reinterpretó la *Ley de Matrimonio* de modo que la propiedad conyugal pasara a pertenecer únicamente a

la persona cuyo nombre figura en el título de propiedad —en la práctica, casi siempre el hombre. Esta reforma representa una **ruptura directa con los principios del matrimonio igualitario instaurados por la revolución de 1949**, que habían otorgado a las mujeres derechos sobre la propiedad familiar y los bienes comunes.

A partir de esta medida, la desigualdad de género en la propiedad se ha profundizado: más del 80% de las viviendas conyugales están a nombre del hombre, lo que excluye a millones de mujeres de la acumulación de riqueza inmobiliaria más grande de la historia reciente. Esta desposesión económica tiene consecuencias materiales y simbólicas: impide que las mujeres consoliden independencia financiera, y refuerza su subordinación dentro del matrimonio. En palabras de Fincher, **"las mujeres han quedado fuera de la mayor acumulación de riqueza inmobiliaria de la historia moderna"**, una afirmación que sintetiza la dimensión estructural de esta desigualdad.

A ello se suma la falta de protección frente a la violencia doméstica. A pesar de que una de cada cuatro mujeres chinas ha experimentado violencia por parte de su pareja —una cifra que los activistas consideran subestimada—, **China carecía hasta hace pocos años de una legislación específica contra la violencia de género**, y los tribunales tienden a clasificar los casos como "conflictos familiares". Esta indiferencia judicial revela no solo la ineficacia del sistema legal, sino también una **minimización institucional del sufrimiento femenino**, que impide reconocer la violencia como problema social y político.

El texto también pone en evidencia la **complicidad del Estado en la restauración del patriarcado**, especialmente a través de la **Federación de Mujeres de China**, una organización supuestamente dedicada a la defensa de los derechos femeninos pero subordinada al Partido Comunista. En lugar de oponerse a las reformas discriminatorias, esta institución lideró una campaña mediática para presionar a las mujeres urbanas y educadas a casarse antes de los 27 años, mediante la estigmatización de las llamadas "mujeres sobrantes" (*sheng nü*). El término, cargado de connotaciones de desperdicio y decadencia, funciona como **una herramienta ideológica de control social**, destinada a desactivar la autonomía femenina y reinsertar a las mujeres en la lógica familiar patriarcal.

Fincher describe cómo los medios estatales, en alianza con la industria matrimonial y el mercado inmobiliario, **han mercantilizado el matrimonio y el cuerpo femenino**. Se difunde la idea de que un hombre debe poseer una vivienda para ser un candidato "aceptable", reforzando así la dependencia de las mujeres del capital masculino y reproduciendo una cultura donde el valor femenino se mide por su capacidad de convertirse en esposa y madre. La narrativa de las "leftover women" no solo degrada simbólicamente a las solteras, sino que **alimenta un sistema económico basado en la especulación inmobiliaria y el consumo familiar**, demostrando que el patriarcado contemporáneo en China no se opone al capitalismo, sino que se integra en él como motor de crecimiento.

La autora subraya la ironía de que este fenómeno ocurra en un país que, en su origen revolucionario, prometió la emancipación femenina como parte de la modernización socialista. Sin embargo, en el presente, el Partido Comunista **mantiene excluidas a las mujeres de los espacios de poder político**, sin una sola representante en el Comité Permanente del Politburó y con menos del 5% de mujeres en el Comité Central. Peor aún,

el sistema político fomenta la feminización de las dirigentes mediante “cursos” de etiqueta y maquillaje, perpetuando una visión superficial y decorativa de la mujer en la esfera pública.

En su conjunto, el ensayo de Fincher argumenta que **la desigualdad de género en la China contemporánea no es un rezago del pasado, sino un producto activo del presente**, donde el Estado, los medios y el mercado actúan de forma convergente para restringir la autonomía femenina bajo el pretexto de la estabilidad social y familiar. Frente a este escenario, surgen resistencias individuales —mujeres que compran propiedades a su nombre, activistas que denuncian el discurso misógino en redes sociales—, pero estas luchas siguen siendo fragmentarias y perseguidas.

La conclusión de Fincher es clara y provocadora: las mujeres chinas que logran triunfar lo hacen **“a pesar de vivir en China, no gracias a ella”**. Su análisis invita a reflexionar sobre el vínculo entre patriarcado y autoritarismo, y sobre cómo la opresión de género puede funcionar como una herramienta de control político y económico. En última instancia, el retroceso de los derechos de las mujeres en China no solo amenaza la justicia social, sino también la legitimidad del proyecto modernizador del propio Estado.

- Inequality in China and the impact on women’s rights

Excelente — este texto de **Eileen Otis**, profesora de sociología en la Universidad de Oregón, es muy relevante porque amplía el análisis sobre la mujer china contemporánea desde una perspectiva **socioeconómica y política**, vinculando la desigualdad de género con las **tensiones estructurales del modelo económico chino** y con las estrategias de control social del Estado.
A continuación te presento un **texto argumentativo-explicativo completo**, con un tono analítico y académico, que te servirá para comprender y luego integrar este material en tu informe final.

Desigualdad estructural y control político: el impacto del modelo económico chino sobre los derechos de las mujeres

El artículo de **Eileen Otis**, *“Inequality in China and the Impact on Women’s Rights”* (2015), plantea que la desigualdad de género en la China contemporánea no puede entenderse de forma aislada, sino como una expresión de la **desigualdad social generalizada** que atraviesa al país desde las reformas de mercado iniciadas en los años ochenta. En su argumento central, Otis sostiene que el Estado chino, al tiempo que promueve un discurso formal de igualdad, **reproduce activamente un sistema económico y cultural que subordina a las mujeres** para mantener la estabilidad política y contener las tensiones derivadas del crecimiento desigual.

El texto comienza recordando que China fue, en 1995, anfitriona de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer —evento histórico que dio origen a la *Plataforma de Acción de Beijing*, un programa global para la igualdad de género—. Sin embargo, dos décadas más tarde, ese mismo Estado que se erigió en símbolo del progreso femenino **reprime a las activistas que luchan por los derechos de las mujeres**, como demuestra el arresto de las “Cinco Feministas” en 2015, acusadas de “alterar el orden público” por planear una

acción pacífica contra el acoso sexual.
Este contraste inicial —entre el discurso internacional de igualdad y la práctica autoritaria interna— estructura toda la reflexión de Otis: **la desigualdad de género es funcional al modelo político chino**, que utiliza la subordinación femenina como instrumento de control social.

A partir de ahí, la autora sitúa la cuestión de género en el contexto más amplio de la desigualdad económica. China, que durante la era maoísta había sido una de las sociedades más igualitarias del mundo, **presenta hoy un coeficiente de Gini de 0,53**, superior incluso al de Estados Unidos, lo que la ubica entre las economías más desiguales del planeta. Este abismo entre ricos y pobres genera tensiones sociales, protestas y conflictos que el gobierno busca contener mediante una estrategia de "armonización social". En ese marco, **el control del cuerpo y del rol social de las mujeres se convierte en una herramienta política**: reafirmar valores familiares tradicionales y confucianos sirve para desactivar potenciales movimientos de resistencia y reorientar el malestar hacia la esfera privada.

Otis identifica, además, una serie de mecanismos concretos mediante los cuales la desigualdad de género se perpetúa y legitima. Uno de los más visibles es la **campaña estatal sobre las "mujeres sobrantes" (*sheng nü*)**, impulsada por la Federación de Mujeres de China. Esta narrativa, que advierte a las mujeres educadas y urbanas del riesgo de quedar "solteras y sin valor" después de los 27 años, **reintroduce un ideal de feminidad subordinada y maternal**, en contradicción con las aspiraciones profesionales y educativas promovidas en décadas anteriores. Como en los análisis de Leta Hong Fincher, Otis señala que esta retórica va acompañada de políticas materiales: leyes de propiedad que dificultan a las mujeres conservar bienes tras el divorcio, desigualdad salarial y jubilaciones anticipadas impuestas exclusivamente a las mujeres (entre los 50 y 55 años, frente a los 60 de los hombres). En conjunto, estas medidas no son meras injusticias aisladas, sino **parte de un diseño institucional que refuerza la dependencia económica femenina** y consolida la autoridad masculina.

Un aspecto clave del texto es el concepto de **suzhi** (素质), traducido como "calidad" o "valor humano". El Estado promueve este discurso como un ideal moral y biopolítico, donde las mujeres —especialmente las madres— son representadas como responsables de garantizar la "calidad" de las futuras generaciones. Este lenguaje tecnocrático y aparentemente neutral en realidad **redefine el papel femenino dentro del proyecto nacional**, desplazando a las mujeres del espacio público hacia la esfera doméstica bajo la apariencia de una "misión patriótica". Otis interpreta esta política como una versión moderna del confucianismo, reactivado estratégicamente por el Partido Comunista para sostener el orden jerárquico tanto de género como de clase.

La autora introduce también un análisis económico detallado: el **salario femenino urbano equivale apenas al 69% del masculino**, y las mujeres son canalizadas hacia trabajos de baja remuneración y escaso estatus, especialmente en el sector de los servicios y el consumo. En su investigación *Markets and Bodies*, Otis describe cómo el mercado laboral exige de estas trabajadoras una "feminidad frágil" —una forma de docilidad performativa— que justifica su posición subordinada. La desigualdad de género, por tanto, no es una mera

herencia cultural: es **un componente funcional del capitalismo autoritario chino**, que se apoya en las diferencias sexuales para organizar el trabajo y naturalizar la precariedad.

Otro punto importante del texto es su análisis histórico. Otis reconoce que el régimen comunista de mediados del siglo XX impulsó transformaciones profundas —la incorporación masiva de mujeres al trabajo, la erradicación del vendaje de pies, el aumento del alfabetismo femenino—, pero advierte que incluso en ese contexto persistieron las jerarquías patriarcales: los hombres seguían figurando como jefes de familia y las mujeres asumían una "doble jornada" doméstica. El giro actual hacia el confucianismo no es, entonces, un simple retorno al pasado, sino **una reinvención conservadora al servicio del presente neoliberal**: un modo de suavizar los efectos de la desigualdad económica otorgando a los hombres un sentido simbólico de superioridad y control, mientras las mujeres cargan con las consecuencias del ajuste social.

Otis concluye con una reflexión ambivalente: aunque el panorama es adverso, **la sociedad civil china muestra signos de resistencia**. La circulación —aunque breve— del documental *Under the Dome* de Chai Jing, que denunciaba la contaminación ambiental, reveló que las mujeres, especialmente las madres, pueden articular una forma de activismo moral y social difícil de reprimir sin costo político. Asimismo, figuras académicas como **Li Yinhe**, investigadora de la Academia de Ciencias Sociales y defensora de los derechos sexuales, demuestran que el feminismo chino, aunque limitado por la censura, persiste en los márgenes del sistema. Sin embargo, la autora advierte que en el contexto del llamado "autoritarismo negociado" (*bargained authoritarianism*), las transformaciones reales probablemente se decidan "a puerta cerrada" y no en las calles, lo que refleja **la tensión entre el control político y la capacidad transformadora del feminismo chino contemporáneo**.

En definitiva, Eileen Otis describe un escenario en el que la desigualdad de género no es un residuo de atraso, sino **una estrategia de gobierno en la China neoliberal y autoritaria**. Al restringir los derechos de las mujeres y canalizar su rol hacia el ámbito doméstico, el Estado busca amortiguar los efectos explosivos de la desigualdad económica general. Las mujeres, convertidas en guardianas de la estabilidad familiar, pagan el precio de la "armonía social". Frente a ello, las resistencias feministas —aunque dispersas— representan un desafío simbólico poderoso: la posibilidad de que el feminismo vuelva a articular una visión alternativa del progreso y la justicia en el siglo XXI chino.

- Chinese Women's Progress Stalls on Many Fronts - The New York Times

este artículo de **Didi Kirsten Tatlow**, publicado en *The New York Times* en 2012, es una pieza periodística clave para entender el **retroceso político, económico y social de las mujeres en la China contemporánea**. Su enfoque combina testimonios personales, datos institucionales y observación política, lo que permite analizar cómo el progreso femenino promovido por el Estado comunista se ha estancado —e incluso revertido— en las últimas décadas.
A continuación te presento un **texto argumentativo-explicativo completo**, con análisis crítico y coherencia temática con los materiales anteriores.

El estancamiento del progreso femenino en China: entre la modernización económica y la regresión política

El reportaje *"Chinese Women's Progress Stalls on Many Fronts"* (Didi Kirsten Tatlow, *The New York Times*, 2012) ofrece una visión lúcida y preocupante de la situación de las mujeres en la China contemporánea. En un país que concentra una quinta parte de la población femenina mundial, el artículo sostiene que el desarrollo económico vertiginoso de las últimas décadas ha ido acompañado de un **retroceso sistemático de los derechos de las mujeres**, especialmente en los ámbitos político y económico. Tatlow argumenta que, lejos de consolidar las conquistas igualitarias promovidas por el maoísmo, el régimen actual ha permitido una **reconsolidación del patriarcado** bajo el barniz de la prosperidad nacional.

El texto abre con el caso de **Liu Ping**, obrera metalúrgica convertida en activista política, cuya candidatura independiente al parlamento local fue bloqueada por las autoridades. Su historia encarna la paradoja central que atraviesa el artículo: mientras la modernización económica ha ampliado las oportunidades materiales, el sistema político autoritario sigue **negando el derecho a la participación política y la expresión pública**, especialmente a las mujeres. Liu resume su experiencia en una frase elocuente: *"Las mujeres en China no tienen estatus"*. Pero su afirmación adquiere una dimensión más profunda cuando añade: *"En realidad, ningún ciudadano chino tiene estatus"*. Así, Tatlow utiliza la cuestión femenina como un espejo del **déficit general de derechos civiles** en el país, sugiriendo que la desigualdad de género es tanto una causa como una consecuencia del autoritarismo.

El artículo recorre, en tono crítico, los principales indicadores de esta regresión. Aunque el Partido Comunista proclamó en los años cincuenta la máxima de Mao —"lo que los camaradas varones pueden hacer, las camaradas mujeres también pueden hacerlo"—, la autora muestra cómo esa promesa se ha vaciado de contenido. Las cifras son elocuentes: la participación femenina en la Asamblea Nacional Popular se ha mantenido estancada durante décadas en poco más del **20%**, y la presencia de mujeres en los niveles superiores del poder político es mínima —solo una entre los 25 miembros del Politburó y ninguna en su Comité Permanente—. Esta **exclusión estructural** no responde solo a una inercia cultural, sino a un **temor político**: el Partido percibe cualquier demanda de derechos individuales —y especialmente de las mujeres— como una amenaza al monopolio del poder. En palabras de Tatlow, lo que más teme el régimen es "una persona que reclama derechos en un Estado de partido único".

La autora amplía su análisis mostrando cómo este estancamiento político se entrelaza con la **desigualdad económica de género**. El informe oficial *Third Survey of the Social Status of Women in China* (2010) revela que las brechas salariales se han ampliado: las mujeres urbanas ganan solo el **67,3%** del salario masculino y las rurales apenas el **56%**, cifras muy inferiores a las de 1990. A ello se suma la desigualdad en la propiedad: según la investigación de **Leta Hong Fincher**, apenas **37,9% de las mujeres** poseen bienes inmuebles frente al 67,1% de los hombres. La combinación de cultura patriarcal y legislación sesgada —como la reforma de la Ley de Matrimonio de 2011, que asigna la vivienda al propietario legal en caso de divorcio— ha dejado a muchas mujeres **excluidas de la mayor acumulación de riqueza inmobiliaria de la historia moderna**, estimada por HSBC en más de 17 billones de dólares. Este proceso constituye una forma contemporánea de

desposesión económica, donde el crecimiento capitalista reproduce jerarquías tradicionales en lugar de disolverlas.

Tatlow resalta además la dimensión **cultural e ideológica** de esta regresión. La encuesta mencionada muestra que el 62% de los hombres y el 55% de las mujeres creen que "los hombres pertenecen a la vida pública y las mujeres al hogar", un aumento significativo respecto al año 2000. Este dato revela una **retradicionalización social** paralela al auge económico: el bienestar material no ha traído consigo una expansión de la mentalidad igualitaria, sino un reforzamiento del ideal doméstico femenino. En este sentido, el capitalismo chino se diferencia del occidental: lejos de secularizar y liberalizar las relaciones de género, **ha instrumentalizado los valores tradicionales para sostener la estabilidad social y política**. La domesticación simbólica de las mujeres —su confinamiento al ámbito del hogar, la maternidad y el consumo— cumple una función ideológica de primer orden en el equilibrio del sistema.

El artículo introduce también figuras emblemáticas del feminismo chino contemporáneo, como **Wu Qing**, profesora universitaria y exdiputada, que insiste en la necesidad de libertades políticas para el avance de las mujeres. Su biografía simboliza el contraste entre la generación de intelectuales comprometidas con la igualdad en los años ochenta y la generación actual, más vigilada y restringida. Al igual que Liu Ping, Wu fue finalmente inhabilitada para participar en elecciones locales: un recordatorio de que **el poder político femenino solo es tolerado mientras no cuestione las estructuras del Partido**. Su comparación entre India y China es particularmente significativa: mientras en la democracia india las mujeres pueden organizarse colectivamente, en China la posibilidad de cambio "depende de la benevolencia de los funcionarios locales". Esta afirmación sintetiza una verdad esencial: en ausencia de pluralismo político, el feminismo queda **reducido a una cuestión administrativa**, subordinada al arbitrio del Estado.

Sin embargo, Tatlow también documenta expresiones de resistencia. Las protestas performativas —como las tres jóvenes que vistieron trajes de novia manchados de rojo el Día de San Valentín para denunciar la violencia doméstica, o las estudiantes que ocuparon baños masculinos para evidenciar la desigualdad en el espacio público— son signos de un **feminismo emergente, creativo y juvenil**, que se infiltra en los intersticios del sistema autoritario. Estas acciones no logran articular un movimiento nacional, en parte porque "China no tiene movimientos sociales independientes", como señala la académica feminista Feng Yuan, pero representan grietas simbólicas en la narrativa estatal de armonía y progreso.

Tatlow concluye su análisis situando la situación actual en una perspectiva histórica más amplia. Recuerda que fue en Beijing, en 1995, donde se celebró la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, en la que Hillary Clinton proclamó: *"Los derechos de las mujeres son derechos humanos."* Paradójicamente, el país que hospedó esa declaración universal se ha convertido en un espacio donde **las mujeres son cada vez más invisibilizadas y marginadas** del poder político y económico. La autora cierra con una cita de la feminista Feng Yuan: "El cambio de los patrones de género es una revolución muy larga. Todas las demás revoluciones son cortas en comparación."
Esta frase encapsula la tesis del artículo: el feminismo chino vive un proceso de larga

duración, en tensión constante entre la apertura económica, la represión política y la persistencia del patriarcado.

En conjunto, el texto de Tatlow se integra coherentemente con los diagnósticos de **Eileen Otis** y **Leta Hong Fincher**: la mujer china contemporánea se encuentra atrapada entre la promesa de modernidad y el peso de estructuras patriarcales reactivadas. El crecimiento económico ha reforzado el control estatal y privado sobre los cuerpos y roles femeninos, mientras que la falta de libertades políticas bloquea la posibilidad de un movimiento autónomo. La consecuencia es un **progreso estancado**, donde los avances materiales conviven con un retroceso simbólico y estructural. En ese contexto, las pequeñas acciones de resistencia, desde una candidatura independiente hasta una performance callejera, adquieren un valor profundamente político: representan la lucha por **recuperar el derecho a existir como sujeto público en un sistema que busca confinar a las mujeres al silencio y la obediencia**.